

LA PELICULA COMO FACTOR DE CULTURA

Quien se ocupa con interés de la esencia del cine y de su acción sobre la cultura y forma de vida necesita no solamente una experiencia cinematográfica derivada de frecuentes visitas a un renombrado estudio de cine, sino también una orientación respecto de las producciones literarias de la nueva ciencia cinematográfica. En esta rama de la ciencia, es investigada la esencia del cine a través de las disciplinas de la naturaleza y del espíritu y también de la medicina y tecnología con todos sus medios de exacta heurística inductiva. Se necesita una determinación filosófica del complejo film de formación cultural y una integración y una sistemática del resultado de esta investigación concreta mediante una rama filosófica de la ciencia cinematográfica, en la cual junto a una fenomenología y una ética tiene también lugar una investigación filosófica del cine. Tal investigación no puede eludir la sociología, puesto que la determinación del valor del film como fenómeno cultural no puede fundamentarse solamente filosóficamente, sino también de un modo cultural sociológico o cultural psicológico.

Actualmente esta determinación del valor del cine, en su conjunto, dentro de la esfera de la cultura moderna y de su civilización tiene una elevada significación. Para la determinación del valor de una obra cinematográfica concreta ya tenemos disponible un método, mediante la censura, la crítica, la elaboración de programas y el público, que pertenece al campo popular o de la política cultural, sin que se asegure su posición respecto del problema de la cultura. Para una política cinematográfica o para una crítica de esta clase, tal como la ejercen los políticos, los funcionarios y los literatos a través de contrapuestas polémicas, se tiene que contar con la base más amplia de una visión filosófica cultural, mediante la cual cada finalidad y cada juicio general pueda tener su adecuado fundamento. La filosofía de la cultura tiene por misión fijar tanto el valor objetivo cultural como el valor vital subjetivo y con ello crear una luminosa fundamentación teórica del valor.

Así surge la decisiva cuestión fundamental de si corresponde al cine el papel de un factor de la cultura o si es más bien un sustitutivo del arte o un medio técnico auxiliar dentro del plan cultural de la civilización. Quien lea la considerable literatura sobre crítica cinematográfica y sobre teoría de la misma verá la caótica diversidad de juicios sobre la materia o sobre cualquier problema singular de dramaturgia, técnica o eficacia de las películas, hasta tal punto que tendrá que acudir a su fundamentación espiritual a fin de que le sea posible aclarar las discrepancias debidas a la diversidad o a la falta de principios fundamentales. Se muestran en ella los característicos prejuicios de los *dilettanti* y todavía más los tipos que difieren en la apreciación moral del mundo y en los

programas de política cultural en toda su amplitud y profundidad. En su mayoría difieren en los conceptos artísticos, económicos y en la visión universal de los fundamentos.

La literatura y la crítica cinematográfica de estos años muestran en general una notable tendencia a la síntesis en pocos sistemas, los cuales sostienen su derecho y empiezan a tolerarse. Tales síntesis descansan sobre la creciente autoconvicción en nuestra total vida cultural, con la cual se halla ligada una prueba crítica de los fines y formas de nuestra forma de vivir. En este movimiento espiritual se ha introducido también una prueba independiente en todos los factores importantes del cine, la cual puede conducir a una aclaración de las grandes cuestiones vitales de la total cultura cinematográfica. A ella sirven todos los pasos que pueden conducir a un acercamiento al punto de partida de la crítica y de la política cinematográfica, a una purificación de los principios de forma y estilo, a una unificación de la eficacia y empleo de las diversas clases de películas, a un reconocimiento del derecho de la educación y de la moral, quizá a una apreciación de las responsabilidades sociales y morales de los productores y empresarios.

Se está acostumbrado a considerar a la película de un modo aislado y unilateral; desde el punto de vista de la producción, como una obra de arte con diversos estadios, desde el punto de vista de la recepción como un medio técnico de estimulación espiritual. En el análisis fenomenológico se muestra la película de una manera multifacética y en sus funciones heterogénea, aunque todos sus elementos están unidos funcionalmente por su objeto.

La realidad natural o artística que la cámara cinematográfica capta con sus tonos y formas, no puede considerarse como el objeto propio de la vida del film. Es más bien el objeto de calidad cinematográfica y el aspecto artístico de dicha realidad lo que se debe presentar como obra bella. Cuanto más artística sea la forma en que tanto el actor como el director sepan presentar la película ante el público de alejados y futuros teatros, tanto más se reconocerá la transmutación de la pura realidad en la realidad representable en la proyección, la cual será comunicada mediante muchos procesos técnicos. Esta realidad originaria al trasladarse al film tiene que adoptar el carácter de una forma artística, sometida a las leyes del arte.

De esta realidad hay que separar los medios técnicos auxiliares de la cinta y el sonido, que captan la forma y el tono y los cuales están sometidos a leyes físicas. Vuestro productor puede considerar como técnicos a aquellos que trabajan con arreglo a las normas del arte y de las producciones artísticas. Sin embargo, su producción no es sino un mero instrumento técnico de reproducción cinematográfica, sometido a leyes físicas, empleadas por la técnica para conseguir un determinado efecto espiritual.

Un medio semejante es la proyección de la cinta en la pantalla por medio de un aparato cuya complicación es semejante a la de la cámara cinematográfica. Delante de vosotros aparece en esencia la plenitud de aquella realidad representable, que mejora la pura realidad. Se trata aquí de una nueva estampa de la realidad cinematográfica, la cual, es cierto, se muestra bajo leyes físicas,

pero que comunicará a los espectadores la ilusión de vida de una realidad más auténtica de acuerdo con unas leyes fisiológico-psicológicas. Ella no contiene en sí misma ningún elemento estético aunque de ella irradia una realidad bella. Vuestra producción puede ser juzgada más bien solamente desde el punto de vista físico y representada y corregida por medios técnicos.

La cinta y su proyección son grabados sin significación en tanto en cuanto no son captados y entendidos por el hombre. Pertenece también a la representación creadora de la realidad original la paralela audición de los espectadores, a los cuales se comunica aquella impresión y resultado, que se presentan también al captar la forma. El último resultado de la realidad fílmica tiene que ser investigado también en la vida espiritual del público, en el cual hay que producir la impresión de ilusión de la experiencia real. Sin embargo, aquí domina esencialmente la ley psicofísica de la vida humana y de su reacción sobre las funciones de relación.

La singularidad del acontecer fílmico frente al mundo real con sus procesos naturales y técnicos estriba en la posibilidad de mostrar toda clase de ilusiones, mediante medios artísticos fílmicos, que el mundo real no nos ofrece. El dominio de la fantasía humana permite construcciones técnicas, recursos fílmicos y poéticas utopías, mediante las cuales son mágicamente presentadas ante el espectador animadas escenas del mundo y del hombre, que pueden ser creídas durante un breve momento. El arte fílmico del futuro utilizará más que hasta ahora esta posibilidad, en tanto en cuanto surja de la vida diaria y de la historia y busque nuevos motivos para su temática. Ello demostrará entonces de lo que es capaz la fantasía y la ilusión y cómo este arte puede atormentar y extraviar.

Las tendencias de las formas artísticas y de los inventos técnicos muestran así el camino de la realidad a lo irreal, de la producción de la naturaleza a la construcción y proyección de lo antinatural y utópico. En la formación del arte fílmico se sigue este desarrollo desde el naturalismo, a través del expresionismo, surrealismo y simbolismo, hasta lo utópico. No hay duda alguna de que el capricho de la moda encontrará siempre nuevas perspectivas de la forma y del sonido para contentar a la Humanidad del futuro ávida de nuevas impresiones.

Desde un plano histórico se podría mostrar cómo este cuadro complejo ha sido creado y logrado a través del conocimiento de las ciencias físicas y de las conquistas técnicas de este siglo. Las creaciones de esta clase sirven los fines vitales tanto del hombre singular como de la comunidad. No deben ser consideradas como formas que tienen un fin en sí mismas, sino como formas encuadradas al servicio ajeno o como medios de civilización en el proceso cultural de la vida. En tanto que no son meramente ruedas o tornillos auxiliares en la maquinaria de la marcha de la cultura, sino la fuerza impulsora del volante, o las orientadoras tras las cuales corren los apresurados hombres, estas formas reciben la función de factores eficaces en la marcha de la forma vital de la cultura.

Para comprender lo suficiente este papel se debe emplear la discusión adecuada, que no es otra que aquella que se refiere al análisis del proceso de la cultura. La cultura se eleva desde el nacimiento del hombre en los primeros perio-

dos del estado de naturaleza hasta una ordenada forma de vida del individuo dentro de la sociedad. El hombre se da cuenta de sus capacidades y crea el arte, que mejora y embellece la vida. Mientras se preocupa de sus necesidades y condiciones vitales, cría ganado, labra la tierra, eleva moradas, se aprovecha del agua y del fuego y se viste, se crea una cultura material de la agricultura, de la técnica y de las artes plásticas, mediante lo cual transforma la naturaleza, que se convierte en una fuente de materia y energía para los hombres. Sus obras son formas de la civilización. En su esencia y en su utilización no están carencias de reflexión y de colaboración en el trabajo. De las funciones del trabajo y de la economía surge la necesidad de un orden en la vida colectiva, de una cultura social, la cual comprende al Estado y a la sociedad, a la economía y al fomento de la cultura.

Cuando de estas circunstancias materiales y sociales surge una forma de vida humana, el hombre tiene que perfeccionar su propia persona, la cual si bien es otorgada de antemano en el cuerpo y en el alma, se tiene que alcanzar a lo largo de esfuerzos de generaciones enteras mediante la ciencia y el poder. Crea una cultura física mediante la gimnasia y la medicina, desarrolla una cultura literaria y una cultura educativa, se forma su carácter moral y su propia individualidad espiritual en una elevada cultura personal, de todo lo cual ha de surgir una verdadera forma cultural de vida.

Finalmente surge sobre estas formas de vida subjetivas el imperio objetivo de la cultura del espíritu con sus leyes peculiares. El lenguaje se refina hasta dar lugar a la poesía; el oído goza del placer musical mediante la composición; la experiencia y el pensamiento forman la ciencia y la filosofía; para llenar el espacio entre el mundo interior y exterior del hombre nace la religión objetiva.

En el marco de la cultura total se encuadran la cultura social y la técnica como esferas adecuadas de la civilización. Vosotros colocáis las esferas de la cultura personal y de la espiritual, en cierto modo, la una enfrente de la otra. Mientras que la técnica y la economía sirven al mantenimiento del orden social, la vida espiritual sólo puede prosperar mediante una elevación en la estimación de la forma de vida personal. En la formación de la cultura personal surgen objetivas formas culturales, sedimentos de la vida espiritual, lo mismo que se dan en las formas del arte musical o en los sistemas de concepción del mundo y de la ciencia. Solamente a través de su propio valor, independientemente de la utilidad en que puedan basarse, a través de su belleza y veracidad reciben tales formas el carácter de bienes culturales. Por el contrario, las obras de la cultura técnica son meros medios de la civilización y reciben su valor a través de su empleo para fines culturales. Se destinan como productos del trabajo manual y de la técnica a la satisfacción de las necesidades vitales del hombre, son elementos del engranaje de la economía.

Relacionando esto con nuestro problema, se pregunta si nosotros podemos considerar el film como un bien cultural, o como un medio de civilización unilateral de la cultura espiritual o de la técnica, o si podemos presuponer que el film pertenece a ambos aspectos de la cultura total y así podemos estimarlo.

En primer lugar se debe considerar el film cultural bajo los bienes materia-

les que representan la técnica y el arte. Si queda subordinado solamente a la técnica, entonces pertenece al aparato de los meros medios de civilización, con los cuales la sociedad satisface determinadas necesidades de la vida. Tales bienes no trascienden del valor utilitario de los medios para la realización de un fin.

Si por el contrario el film—por lo menos el film artístico cultural y dramático—pertenece a la auténtica forma cultural, entonces surge la pregunta respecto del valor propio de esta representación con respecto a las formas estéticas que también pueden estar vinculadas a los medios auxiliares técnicos.

Indudablemente la película acabada pertenece, considerada en su conjunto, al arte musical, de cuya composición musical, danza, representación y poesía dramática se sirve, y también a las artes dinámicas relacionadas con la representación de imágenes en el transcurso del tiempo, mediante las cuales el hombre produce inmediatamente la impresión de su propio ser. Tales artes espirituales se reúnen en una obra de conjunto en el teatro y en el cine. Solamente cuando estas obras culturales surgen para crear por sí mismas una acabada representación de la forma plena de significación, en la cual se manifiestan las leyes estéticas, se puede hablar de un arte más auténtico. Por ello tanto lo hermoso y elevado como lo feo y ruín puede ser utilizado en la expresión; una obra de arte surge sobre todo donde la fantasía y el espíritu presentan auténticamente al cuerpo y a sus órganos la interioridad del alma y dan a la vida un contenido cultural.

Preguntémonos hasta qué punto la película tiene que ver con una auténtica obra de arte. La toma de fotografías es una obra de reproducción, cuyo valor artístico radica en la captación artística de una belleza de la naturaleza o del arte. Puesto que no tiene nada que ver con la habilidad de las manos, sino con medios auxiliares técnicos utilizados, es tan sólo en sí misma un arte de representación técnica. Así conserva la composición de toda una obra cinematográfica, como acaso se puede ver en el film cultural artístico, el carácter de una obra de arte fotográfica, a la cual, a través de su técnica, corresponde el rango de una representación de la civilización.

El film dramático ha pretendido desde un principio elevarse al rango de una auténtica obra de arte. Equivale a un cuadro de la cultura y se halla cerca del teatro, al cual amplía mediante posibilidades propias de representación. Junto a esto se suele pasar por alto que la cinta cinematográfica en sus formas más auténticas no es sino la imagen reproducida de una representación de la poesía y la composición. Mientras que en el teatro antiguo la fraseología poética cobra su vida a través de una forma artística, la fraseología poética del film recurre a la mímica, mediante la cual el propio actor se expresa. Esta representación única y conjunta no solo se vale de la palabra poética, sino también de la fotografía y del sonido. El drama clásico cinematográfico muestra este proceso de desarrollo de la fusión de la palabra con la imagen artística de un modo unificado. En toda película vale la regla de que de la palabra hablada del film animado, del contenido significativo surgirá la representación conceptual del dinamismo de la vida.

Para la obra de representación filmica queda por lo tanto solamente la inter-

vención del director y el actor juntamente con la del operador, de carácter técnico, dirigidas a lograr una obra de mérito estético. No se trata solamente del mérito intrínseco del trabajo, sino del mérito de la reproducción de la primitiva realidad captada cinematográficamente, lo cual es decisivo para el efecto artístico, tal como ha de vivirlo el público. La creación cultural del film artístico se relaciona con el medio civilizado de los recursos técnicos, los cuales reproducen la creación artística o natural y al mismo tiempo muestran la ilusión de una realidad más auténtica.

El mérito de la obra artística cinematográfica se puede basar solamente, por lo tanto, en la consecución de esta representación de la realidad a modo de sustitutivo pleno de significación. La obra pertenece por consiguiente de una manera necesaria a la creación de la cultura especializada, en tanto en cuanto merece el nombre de creación artística, y también a la creación de la cultura personal, espiritual y musical, en tanto en cuanto merezca el nombre de representación artística.

Quien quiera reconocer para el film el valor auténtico de una creación de la cultura del espíritu tiene que justificarse con el argumento del arte antiguo, el cual puede ser designado con la conocida frase de «el arte por el arte». Esta teoría del arte pretende fundar una cultura estética pura y aprovecharse al mismo tiempo del valor propio de todo arte independientemente del goce cultural de la vida. Su aplicación al cine conduciría en realidad a la paradójica afirmación que la película existe solamente por sí misma y que su esencia propia existe en dos esferas separadas: como obra del productor y como número del programa para el público.

Con este dualismo del cine surge un espacio vacío que los conocimientos de la teoría cinematográfica deben unir. El arte cinematográfico y la técnica cinematográfica se yerguen como cultura y civilización, como espíritu y naturaleza, el uno frente a la otra. Un aspecto afecta al señorío del espíritu en la vida del hombre y facilita un camino ideal para el desarrollo y ampliación de la creación cultural objetiva.

Tal idealismo de los filósofos y creadores del arte elaborará la película solamente de acuerdo con el gusto artístico de una minoría escogida, olvidando su propio carácter de creación artística para el público. Domina al mismo tiempo la creencia en la realización de los valores en la exposición cultural del arte y de la ciencia y también la creencia en el poder de la belleza y veracidad de la cinta. Para Hegel debe exhibir las manifestaciones del espíritu absoluto, porque representa al espíritu en su más hermoso aspecto por medio de imágenes animadas.

El otro aspecto reconoce la naturaleza humana y su medio ambiente como la expresión esencial de la creación cultural, la cual tiene que someterse a leyes físicas. La psicología positiva o naturalismo ve el film como una obra de plena técnica artística para la masa y procura realizarla según puntos de vista técnicos y sociológicos. Al mismo tiempo surge un medio de la civilización para la liberación de las necesidades vitales culturales tanto de la sociedad como del individuo.

Una teoría realística del cine reconocería a ambos aspectos sus derechos relativos y decidiría sobre las dos partes en litigio que el trabajo cinematográfico como creación cultural y también como obra técnica tiene su mérito a fin de crear mediante ambos aspectos una imagen de la cultura que puede servir los distintos fines de la cultura personal y de la social. En primer lugar el cine puede llegar a ser una auténtica forma del enriquecimiento o modificación de la cultura o factor cultural por su influjo en la esfera de la vida.

Como un efectivo factor del proceso cultural de la vida el cine se manifiesta en primer lugar dentro de la cultura social. Aquí no se puede hablar de la significación de la economía cinematográfica en relación con la civilización en su totalidad, de su capacidad financiera, de su duración personal, de sus condiciones de coyuntura. Para la aclaración de este tema son llamados los expertos en economía. Prefiero ceñirme únicamente a las relaciones sociológicas de la cultura cinematográfica.

En primer lugar parece que el cine adecuado, como medio técnico de comunicación junto a la radio, para su empleo en las diversas tareas de la propaganda. Esto se puede lograr inmediatamente con el film de propaganda y en cierto modo también con el cultural y el documental. La película dramática, por el contrario, es un elemento mediato de propaganda en la formación de las tendencias sociales o políticas o de tipo universal, las cuales son condicionadas por motivos humanos. En interés del Estado se pueden utilizar también medios cinematográficos. Ciertamente el cine interviene en la política después de la radio, porque a través del filtro de los intereses privados y económicos es neutralizado, en tanto en cuanto no pertenece a un organismo estatal.

El papel del film de propaganda como medio de influjo en la conducta económica será juzgado distintamente por parte de los interesados que por parte del público. La antigua psicología de la propaganda se fundaba en los efectos ópticos como se había demostrado por los experimentos de la psicología sensorial. Del antiguo teatro de entretenimiento recibió el cine los reclamos o anuncios con cintas de propaganda y con imágenes fijas. Con el tiempo se han hecho investigaciones con el cine de propaganda política.

Se puede hoy tener como seguro que la ampliación de los programas de propaganda ante el público en forma creciente recibirá como respuesta la falta de atención y la indiferencia. También el sustitutivo de los anuncios fijos mediante el film de propaganda y cuya exposición con tretas y recursos atrae el favor del público en contraposición de los dos citados programas de propaganda no volverá a ganar más adeptos extraños.

Entre los efectos sociales del cine se deben contar también aquellos influjos a través de los cuales se amplía o se altera de una manera determinada ante el espectador la representación social del mundo. El círculo de vida de un hombre singular se limita por regla general a sus compañeros en el medio doméstico y en su medio social. Raramente tienen los jóvenes y los viejos ocasión de echar una mirada en la vida íntima de las capas superiores o inferiores de la comunidad o de grupos extraños que por su origen, profesión o creencias están diferenciados de ellos. En esta estrechez del medio social surgen los pre-

juicios, los malentendidos y resentimientos sociales con los cuales queda tarada y dividida la estructura social. Se ha pretendido mediante la escuela, la iglesia e instituciones adecuadas salvar esta antítesis con contactos personales. Estos intentos carecen, sin embargo, de la condición esencial para una reconciliación de antítesis social, que no es otra que el conocimiento del mismo medio. El hombre muestra su esencia generalmente en la forma en que se acomoda al medio ambiente que se le ha dado o que él ha creado. Se conoce primero esta esencia por su conducta en el medio que le rodea.

No hay ningún medio como el cine para trasladar esta unidad del hombre y del medio de una manera vivida ante el espectador ofreciendo una visión del estado social. Incluso trasciende la realidad de la experiencia de la vida en un medio extraño a través de las múltiples posibilidades de representación. Por ello se puede considerar que el cine es el más efectivo factor social educador y que se debe estimular su utilización con este fin.

El buen cine abre al gran público las puertas de los cuarteles, de las casas de vecindad, de las casas burguesas y de los palacios, la puerta de fábricas y oficinas, el camino de la capital al campo y viceversa. Pinta la existencia de la pobreza y del lujo, de la enfermedad y la salud, de la torpeza y la inteligencia. Permite echar una ojeada en el recinto de seres, no accesible al individuo en particular, en el trabajo diario y las costumbres de hombres extraños y en la historia de los pueblos. Mediante una recta discriminación y una sabia representación del ser social se pueden proyectar todas las capas sociales con sus vicios y actividades, la enemistad personal, el odio de clases o captar la trascendental oposición de intereses y por lo menos estimular la preocupación solidaria por la existencia de los demás.

Las películas meritorias han procurado mostrar el beneficio que reporta a las personas de todas las clases sociales el romper el estrecho marco del exclusivismo de su vida social, así como el arrancarlos de su orgullo por su riqueza o educación. Por otra parte las películas se prestan fácilmente a mostrar cualquier tendencia del autor o del director, a difamar las costumbres o la vida de una profesión o de un grupo social. Creen alcanzar por medio de la burla fáciles efectos cómicos, pero olvidan todo el peso de su responsabilidad por la producción, ya que toda alteración de la realidad del hombre o del medio influye sobre los demás grupos sociales. Los sacerdotes, los profesores y los empleados suelen ser las víctimas de este intento de caricaturización, mientras que acaso los médicos disfrutan de un especial favor. Así surgen del cine falseamientos de la realidad social, que en personas crédulas y sin discernimiento crítico provocan ataques y críticas.

En este lugar se deben discutir los efectos que el cine produce en la familia. Cuando se pueden presentar exactos méritos sociológicos como los empleados por Helmut Schelsky para el cambio de la estructura familiar, se obtiene un fundamento seguro para juzgar la plena alteración de la situación interna de la familia y de su función espiritual de unión en la cual hasta ahora habían fallado la educación y la comunidad. El fallo del juicio público captado por nosotros indica que la proyección de esta película ha influido en la vida familiar

tanto de los padres como de los hijos mayores y ha modificado su forma social. Cuando el marido y la esposa tienen distintos gustos cinematográficos y van al teatro por separado, se diferenciarán con el tiempo en sus intereses y opiniones. Estas circunstancias pueden jugar un papel importante en el distanciamiento de los esposos.

Un efecto más profundo se debe anotar en la diferencia de intereses fílmicos entre los mayores y la generación joven. Aquí actúa el hecho de presenciar películas distintas. Los jóvenes suelen ver la película no con su hermano, sino con la novia o la amiga con la que al mismo tiempo cambian impresiones y sentimientos. De aquí nace una escisión en el círculo familiar, en la cual se escudan los hijos para no exteriorizar aquellos sentimientos y los padres se contienen de expresar su opinión sobre una película y de dar los consejos consiguientes. Incluso en los temas delicados cinematográficos parece no romperse esta reserva hacia los hijos, siendo así que entonces sería necesaria una aclaración fundamental. La familia de hoy está en gran parte descarriada, su carácter de institución de ayuda y de conservación de las costumbres y de un concepto de la vida se ha perdido.

No se puede determinar exactamente el valor del hecho de acudir de vez en cuando y razonablemente al cine como un medio de entretener el tiempo libre de la juventud, pero según amplios círculos de educadores no puede ser pasado por alto. El aceptar por parte de las jóvenes sus deberes domésticos, la colaboración de los jóvenes en los trabajos domésticos del padre o en los trabajos de jardinería o de agricultura están en decadencia, sin que de ello sea responsable solamente la tolerancia de los padres. Con ello desaparece una valiosa fuente de experiencias prácticas y de formación de costumbres para los jóvenes, los cuales se han acostumbrado a anteponer su derecho de disfrutar al deber del trabajo.

En primer lugar, dentro de la cultura personal, descubrimos la inmediata influencia del cine en nuestra forma de vida. Todo lo que el hombre hace tanto en la época de su desarrollo corporal y espiritual como en la del trabajo y vejez para conseguir su plenitud interna y externa pertenece a la esfera de formación de la vida personal. Así culmina la cultura en una cultura individual en cuya valoración domina la cultura occidental, mientras que en la elaboración de una cultura colectiva se erigen nuevas formas de vida.

En este camino hacia una forma de vida individual es decisiva la función de la educación de la masa y de la formación de la plenitud del aspecto caracterológico y espiritual de la personalidad. Se muestra plenamente como una íntima impronta de la persona a través de la diferenciación e integración de todos los elementos y capacidades psicofísicas sobre la base del medio y del contacto con los demás. Mediante la experiencia conocemos el medio natural y técnico hasta que podemos captar sus leyes y utilizarlo. Entendemos por personas de nuestro círculo de vida aquellas que por su educación y ocupaciones procuran determinar nuestra forma de vida.

El hombre debe a la observación racional y a la experiencia el despertar de la vida espiritual y el más profundo efecto sobre las funciones formativas.

Cuanto más abierto se halle el pensamiento del hombre desde el nacimiento a la influencia del medio, menos puede el hombre utilizar este instrumento del pensamiento para su formación. Todos los elementos estáticos y dinámicos del mundo del pensamiento están incluidos en la totalidad de las imágenes percibidas y en el conjunto de la experiencia, cuyo análisis y determinación se tienen que aprender lentamente. Al mismo tiempo surge un clima de auténticas experiencias, de las cuales se capta al principio una sola cosa que es designada con una palabra, después se captan sus derivaciones y aparecen las partes de la oración, hasta que por fin se conoce y se comprende la estructura total del medio. El proceso de formación facilita por lo tanto la representación de las cosas reales en su función conjunta natural como sustitutivo de la imagen viva, luego la experiencia y la práctica fijan definitivamente el lenguaje adecuado a las mismas. Solamente el cine ofrece al hombre esa vivida representación del mundo real de la naturaleza, de la técnica y de la vida humana en que la auténtica experiencia se puede reproducir.

La instrucción de las viejas escuelas partía del desarrollo de la capacidad de hablar a fin de despertar la vida espiritual. Consideraba la experiencia sensorial como un proceso natural, al cual conducía solamente el material visible poniéndolo en funcionamiento. No se debe pensar que las palabras del lenguaje son solamente signos orgánicos determinados cuyo vínculo gramatical expresa las funciones del pensamiento. Estas funciones surgen antes y proceden de la auténtica experiencia sobre cosas reales y acciones reales del diario acontecer. Con este empirismo didáctico y con este realismo de la teoría del conocimiento se puede realizar la transformación en que consiste todo el movimiento de la escuela moderna desde la utilización del lenguaje a la utilización de la experiencia práctica del mundo actual. La vieja escuela libresca se transformará en la moderna escuela de la experiencia del mundo y de la vida y en el centro de preparación de una más auténtica forma de vida de la vida colectiva juvenil. Y ahora afirmo previsoramente: la escuela ya va camino de ello. Considera el medio ambiente real como el campo experimental tanto de los niños como de los estudiantes principalmente. Toma el medio auxiliar del cine como un sustitutivo pleno del medio ambiente cuya directa experiencia no es accesible.

Puesto que este es el caso para la mayor parte de los objetos del mundo real, el hombre en ciernes tiene que ser sacado de su estrecho círculo de vida. Todos los objetos distantes, sin embargo, pueden ser descritos por medio de palabras o dibujos o pueden ser accesibles y explicados por medio de imágenes a la fantasía juvenil. Todo el mundo está en camino de aprovechar didácticamente los inventos del cine, lo mismo que se hizo en el siglo xvi con el libro impreso. La Geografía, la Biología, la Física y la Teología con su múltiple variedad de material experimental no se enseñarán ya sin la proyección de películas. El conocimiento de la vida y de la actualidad, así como el de la historia de la cultura ganarán mucho cuando se tenga a disposición material de proyección. Mientras esta escuela experimental esté solamente en proyecto y venza numerosos obstáculos, la falta de una adecuada apreciación del valor

didáctico del nuevo arte cinematográfico sólo se podrá superar mediante la intervención del profesorado y de los organismos políticos.

Lo que es útil para aprender en la edad escolar se puede emplear en la autoeducación en fases posteriores de la vida mediante el órgano perfeccionado de la experiencia. Junto a la propia experiencia inmediata de la vida es el cine en la totalidad de sus aspectos la principal fuente de enriquecimiento de la motivación de la forma de vida para el hombre moderno. Se sirve de esta fuente con asombrosa ansiedad y apetencia de saber. Busca por regla general complacido esta forma de representación con preferencia a cualquier otra institución cultural representativa de los acontecimientos o de las formas. Para muchos hombres será la emoción y distracción del cine un sustitutivo del pensamiento religioso y harán del culto al cine una pseudoreligión profana.

Aún más, desde el punto de vista de la economía cinematográfica y del derecho de propiedad teatral, está el público de la clase media y elevada interesado en el arte cinematográfico cultural. El tiempo que se pierde en los programas con el cine de anuncio se soporta mal por el público, pero puede recibirse con agradecimiento cuando se realiza mediante buenas películas documentales e instructivas. El amor a los animales, el gran interés por los viajes y expediciones, la expectación ante los grandes deportes, la ansiedad por los avances clínicos e higiénicos, el deseo de conocer los avances y descubrimientos científicos, la misteriosa contemplación en una sola mirada de los pabellones de maquinaria y trabajo de nuestras fábricas, todos ellos son recursos no utilizados de representación de un objeto que la economía, de una manera pertinaz, no ofrece a su clientela. No el gusto teatral del director, sino el deseo del hombre y de la mujer de la calle determinará en el futuro el programa del cine.

Una misión semejante tiene el film documental para la liberación de las preocupaciones diarias de la masa y para la realización de fines políticos. Cuanto más ocupado esté el hombre por los intereses privados y por las obligaciones profesionales, tanto más buscará las ocasiones públicas de liberación que el medio le ofrece. Más que ninguna otra nación, nosotros, los alemanes, hemos tenido que olvidar, debido a la inmediata herencia del pasado, la alegría de la vida política y la colaboración práctica en los empleos públicos. Es por ello para nosotros una elevada tarea cultural y un mandato de lucidez política atraer al ciudadano a la actual situación política y vincularse con sus intereses a las personas y a las cosas. Más que la instrucción en la escuela, o mediante libros, influye la observación del pasado y de los gobernantes a quienes la voluntad del pueblo elige en una democracia para ser su cerebro y su brazo en la función colectiva de legislar y administrar. Estas personas se ganan tantos adeptos y admiradores como críticos y detractores mediante la palabra radiada y aún más mediante la imagen y el sonido del «film contemporáneo», como llamo yo al film documental del presente, y todavía más mediante la televisión. A quien no tiene tiempo de leer la prensa o la literatura profesional, a quien quiere juzgar favorable o desfavorablemente la influencia externa, a quien quiere estar al tanto de las realmente decisivas circunstancias del presente, le ofrece una oca-

sión propicia el «film documental contemporáneo». Nuestros contemporáneos tienen con respecto a todas las épocas pasadas la ventaja de estar presentes y plenamente informados en lo que hacen sus conciudadanos.

Es una pena que con frecuencia los directores y los autores carezcan de los conocimientos de las leyes del condicionamiento temporal de la recepción y de la percepción para que se dieran cuenta de lo molesto que es para el espectador ver una imagen proyectada rápidamente, cuya brevedad no le permite más que echar una rápida ojeada sobre el grupo de personas o de imágenes y distinguirlas separadamente, mientras que en los anuncios se sienta aburrido y puede pensar.

Quizá ya no carezcan esos círculos de personas del sentido de las posibilidades de los efectos rápidos, puesto que hay un gran florecimiento de cines de actualidades cuyos films documentales necesitan imágenes mejoradas mediante un corte objetivo y psicológico.

Pero también el film dramático es una alta escuela de formación más amplia para personas de todas las clases sociales, una verdadera escuela popular, en el cual la experiencia de la vida y el saber se pueden representar en todos sus aspectos. Aun cuando no se puede atribuir a toda producción de esta clase un valor didáctico, se puede afirmar en general que cada espectador algo saca en cuando aplica a la película su atención perceptora. La representación de la vida y de la realidad de las buenas películas artísticas se comunica, como el contenido del drama clásico, no tanto a través de la palabra como de la figura y porte de los personajes, cuyo espíritu expresa, cuya formación descubre, cuya culpa o mérito, cuyos vicios o virtudes provocan la reflexión del espectador. La elevada idea del teatro clásico de conmover y liberar espiritualmente a sus espectadores se realizará en el film artístico con el fascinador aumento de los efectos. Lo que se desprende de tales acontecimientos, el espectador no suele confiar a nadie, ni aún con frecuencia, confesárselo a sí mismo.

El cine se muestra de esta manera en todas sus manifestaciones como un eminente factor cultural. Su propia efectividad se muestra en el enriquecimiento de la formación individual. En los escenarios todos los films muestran al espectador la naturaleza ampliada. Los paisajes de la tierra, las diversas clases de climas, la flora y la fauna, y en los films culturales también el mundo de la investigación de la Física, Química y Biología se presentan en formas características a la contemplación y captan un cuadro de la naturaleza, cuya riqueza y vivacidad apenas era asequible a las generaciones anteriores. Más aún, los cuadros y mecanismos de la técnica moderna se representan ante el espectador, para quien de otra manera estaría abierta tan solo una rendija demasiado pequeña para contemplar este mundo cerrado y misterioso. Aquí aporta el cine una solución a la autenticidad de la demostración, la cual con tanta frecuencia es falseada a través de una elaboración teatral fantástica. Tiene que ser consciente de su misión de reproductor de la realidad y puede actuar en este aspecto técnico como una feliz enseñanza de las tecnologías más populares.

Sin embargo, es más esencial para esta misión la representación de un medio auténtico en el cual se desarrolla la película. Lo que hasta ahora se ha

mostrado en el cine ha estado afectado muchas veces por la técnica de trabajo del teatro antiguo, cuyos elementos han sido solamente unos medios muy limitados de representación de la total realidad del mundo. Demasiadas pocas veces ha salido el cine de sus estudios a la plena realidad de las calles, las casas, el taller, la iglesia para penetrar en ellos. Con demasiada frecuencia está poseído el director de la idea de ofrecer al público la realización de una opereta que no se da en el medio del hombre real de la calle: elegantes e inmensas mansiones, ilusorios palacios de magnates, artistas y negociantes, utópicas salas de trabajo de los médicos, abogados y hombres de negocios. El gran arte de la representación de la forma en su verdadera esencia, tal como pretende ser el nuevo cine, cautivará y distraerá al espectador más que la descrita producción que sólo ofrece al público una superchería de realidad. Sólo las almas ingenuas pueden creer que el profesor o el médico alemán dispone de un palacio con veinte habitaciones y de un hermoso «Cadillac» y de múltiples lacayos como se le pinta en el cine. El cine solo alcanza su verdadera función cultural a través de su anhelo por buscar la verdad y la vida en la reproducción artística de sus temas. En ellas puede el espectador aprender.

Un importante capítulo de esta discusión es el valor del empleo del cine para ampliar y ahondar el conocimiento del hombre. Constituye una regla inmovible de la antigua pedagogía escolar que la niñez y la juventud a partir del momento de la revelación de la verdadera naturaleza humana en la manifestación de la persona individual se mantienen alejadas de los círculos de vida educadores. Se temía la autoridad del educador y la despreocupada alma infantil. Realmente es el hábito en la niñez y la juventud de la observación del hombre y del conocimiento humano un problema pedagógico cardinal, que nuestro tiempo, a través de brutales experiencias de los hombres maduros en la calle, en su círculo de vida y a través de la literatura solapada y de sus recíprocos intercambios, de una manera radical, pero sin consideración al crecimiento orgánico del alma juvenil, ha desencadenado.

En esta pedagogía exterior del círculo de la experiencia está inserto desde luego el cine, cuyo total arte y técnica adecuadamente se emplea para la revelación de la naturaleza humana. Nuevas películas con profundos motivos y tendencias psicológicos se acomodan a la tendencia dramática del normal film de argumento, que representa su naturaleza con arreglo a una forma artística épica; la refinada técnica de la cirugía del alma, a través de la cual lo más íntimo y espiritual de la persona se exhibe al desnudo.

A ningún joven que acuda al cine se le pasarán por alto los ejemplos que le da la película sobre las tendencias, pasiones, vicios, ansias de dominio y ganancias, mentiras y deformación de los seres, que se le ofrecen con todo el refinamiento del arte mímico y de las situaciones culminantes.

Un arte realista de la educación se puede emplear para el mejor conocimiento del hombre siempre que se den ciertos supuestos y se observen ciertas condiciones metodológicas. A dicho supuesto pertenece en primer lugar el respeto de la producción ética o dramática a la verdad total de la representación de la realidad en la que todos los aspectos de la naturaleza humana se

ponen de manifiesto. Así, debe contraponer el aspecto oscuro y el aspecto luminoso de la vida, el vicio y la virtud. De esta manera recibe la representación del hombre una recta valoración de lo grande y trágico de la pura moralidad, decencia y virtud en la forma de vida de las profesiones, la familia y la sociedad, una apreciación y representación objetiva de la ética y práctica del trabajo manual e intelectual, una representación imparcial de la vida privada de las distintas clases y capas sociales. Lo que es recto para el arte en sus manifestaciones tiene que serlo también para el profesor, sacerdote, el político y el juez.

A las condiciones metodológicas pertenece ante todo la dosificación del influjo de esta anatomía del alma con arreglo a la edad y formación del espectador. Sería lamentable que a un niño sensible e ingenuo se le arrebatara, por causa de una película, la firme creencia en el amor y la confianza de su madre.

El tono fundamental del cine debe ser más bien representar la estructura normal de la vida del alma humana en la plenitud de una elevada personalidad y en su equilibrio frente al medio ambiente y al destino personal, a fin de que se impulse el avance del conocimiento del hombre con arreglo a normas psicológicas. El niño, a partir de su optimista credulidad y confianza en lo que le rodea, debe ser conducido poco a poco al conocimiento de que las personas se diferencian entre sí y que deben ser juzgadas con arreglo a sus pretensiones individuales. A partir de esto, desaparece el ingenuo optimismo y es sustituido por un realismo crítico por el cual la juventud se desliga de la confianza en el medio ambiente del círculo de vida hogareño para estudiar otros temas ajenos en sus formas de relación. El hombre llega a una plena comprensión a través de desengaños y de una comparación total de su modo de vivir en la edad de orientarse. Mientras un prematuro descubrimiento de la naturaleza humana en la edad juvenil puede conducir fácilmente al desprecio del hombre y a una figura triste y desilusionada, una cuidadosa separación del joven de toda ficción con el medio de los hombres de todos los días fuera del propio y estrecho círculo de vida creará ocasiones para estimular tal desengaño y tal descubrimiento, lo cual tiene que conducir necesariamente a una parecida resignación o bien a un recelo contra el medio.

El realismo pedagógico, puesto que expresa nuestras actuales condiciones sociales y culturales, estima también al cine como el adecuado maestro para el conocimiento del hombre, en tanto en cuanto no sea una desfiguración de la naturaleza humana, sino una exposición que sirve para presentar ante los ojos de los mayores sus virtudes y debilidades. Mediante un arte auténtico se pone de manifiesto el tipo de constitución, la singularidad del carácter y el temperamento. Mediante los primeros planos y a través de la expresión mínima del rostro contemplamos los sentimientos del alma que penetran en el espectador. En la modulación del discurso y el gesto rastrea el oyente el pensamiento y designio del actor hasta llegar a lo íntimo de su ser. De la demostración de las relaciones humanas y de la solución de las situaciones

surgen profundos destellos de la motivación de dichas relaciones y de su autenticidad o falseamiento.

No se pueden exponer nunca los rasgos del tipo de una persona singular en su aspecto total o hacerlos completamente visibles mediante palabras. Nunca podrá sustituir la descripción escrita de un criminal fugitivo a un cuadro o a una película. Nunca podrá el arte dramático de un texto clásico conducirnos al verdadero conocimiento del hombre tan bien como lo podría hacer su proyección cinematográfica. En una corta tira de película, la alegría y la tristeza, el acercamiento y el alejamiento, al igual que todas las expresiones del alma, cobra vida, como nos lo demuestra el moderno film cultural psicológico cuando descompone el tema en sus elementos espirituales.

Juntamente con el conocimiento que se adquiere del hombre va la ampliación y ahondamiento de la propia conducta de vida. Este conocimiento constituye el alimento del organismo espiritual, del cual ha de recibir su energía y dirección la forma de vida. Esa será orientada por la contemplación del destino y del transcurso de la vida del prójimo y por los acontecimientos de nuestras relaciones con el prójimo. Aquí se conoce el papel de las crisis y de la autoformación en el desarrollo individual, se ve el entrelazamiento de la vida individual con la vida colectiva de la familia, la clase social y el pueblo, la fuerza del prójimo sobre la existencia económica, el estado espiritual y el clamor de la sociedad; en breves palabras, la miseria total de la vida. Este complejo de la realidad lo representa el cine con drástica fuerza emotiva y con brutal claridad. Jamás la poesía dramática, las predicaciones religiosas, las enseñanzas morales o las explicaciones pedagógicas pueden alcanzar la fuerza de esta demostración cinematográfica y sustituir su influencia para el ensanchamiento de la experiencia de la vida. Pero también en los acontecimientos propios y en la situación violenta cotidiana en determinadas circunstancias se nos muestra la limitación temporal de la existencia humana, la fragilidad de la naturaleza humana con respecto a la fuerza moral y al esfuerzo cultural. Finalmente encontramos la problemática de todas las doctrinas en la observación práctica del mundo y de la ciencia. La perspectiva íntima de cada hombre tiene u ofrece para su pasado el balance moral, para su presente, la significación práctica y para el futuro el planeamiento de la forma de vida a llenar sirviéndose especialmente, al mismo tiempo, de las experiencias fundamentales reunidas.

Pertenece a la propia actuación profunda de la vida cinematográfica mostrar al espectador mediante el arte filmico el significado de la forma de vida propia. Al mismo tiempo la aclara muchas veces, así como sus condiciones endógenas y exógenas. Con ello ofrece ya una fijación, ya una nueva representación de la perspectiva de vida propia. La vida del film amplía también de esta manera la propia experiencia de vida.

Mientras la impresión gráfica de la película penetra en lo profundo del desarrollo personal, el efecto de diversión o entretenimiento queda en la superficie de la experiencia. Aunque el hombre de la civilización moderna está cansado y harto de sensaciones exteriores, aunque una corriente de experien-

cias intelectuales penetra continuamente en el ámbito del alma, él es accesible a la sensación óptica y acústica, que es un medio de alimentación con el contenido vitamínico de la experiencia llena de significado. La superabundancia de irradiación óptica y acústica deja suelto una especie de placer sensorial que se puede transformar en pasión y que es compensado por una duradera dignificación o elevación espiritual de la complacencia.

Así, el mundo moderno tiene el papel de alterar las ideas; su relación de dependencia respecto del espíritu se transforma en un dominio de aquél sobre éste; su empleo para la satisfacción de las necesidades de la vida a través del control de la naturaleza se plasma en una servidumbre de las conquistas técnicas para la satisfacción de los sentidos. Este dominio sensual sobre los hombres civilizados muestra un creciente placer de la vista y oído por las imágenes y los sonidos rítmicos y concordados. Las corrientes de sensaciones se transforman en funciones vitales. La danza, el canto, el movimiento físico en el trabajo rítmico y en la pantomima son enriquecidos y desarrollados de este modo.

Se puede comprender la apetencia de belleza por parte del hombre cuando se pone cada vez más de manifiesto al pueblo la rutina mecánica en la explotación del trabajo manual y la desagradable falta de belleza del hogar; no debiéndose olvidar la pertinacia con que la propaganda le ofrece este barato apartamiento de la realidad.

La falta de alegría de un ser desorganizado es compensada mediante la alegría sensorial de los medios técnicos de la civilización. Si esta compensación se estructura de tal forma que no se limite al campo de los sentidos, sino que abarque a todo el hombre con sus afectos y pasiones, este medio deberá ser considerado como un factor de la cultura en tanto sirve para la representación cultural de la vida.

En realidad, este aspecto de la eficacia del cine equivale al significado oficialmente proclamado del arte de la pantalla y de sus programas. Al hombre cansado por el trabajo agotador de la civilización moderna se le debe dar una compensación vital de libertad, ocio y expansión que estimule la salud psíquica y física. En todos los tiempos se ha acomodado el hombre a la rutina diaria gracias a la expansión de los días de fiesta y al placer experimentado en los ejercicios naturales libres. El culto religioso llenó este fin de la vida en el aspecto espiritual, la fiesta del pueblo desde el punto de vista de los deseos. La festiva tranquilidad y la libre expansión dieron a los domingos y días de fiesta el cometido de una consagración religiosa y profana. Ambos aspectos de estas necesidades deben mostrarse en su justa proporción en el cine actual. La temática del cine dramático ofrece a la vez la elevación de lo espiritual y el desbordamiento de las pasiones. En ambos casos hay una liberación de la rutina de las preocupaciones diarias y del trabajo en el oficio, así como una positiva satisfacción del placer funcional que se experimenta con esta liberación. El hombre se siente liberado y entretiene su hambre espiritual con el cine. Se despoja de la rutina diaria del oficio en el mundo de los sueños que le ofrece el cine en su día festivo y queda prendido

en él en sus horas de ocio de los otros días en que no lo reclaman ni los deberes sociales ni los laborales.

En la vida profesional el hombre está sujeto por deberes y normas. Tiene sus energías limitadas por un ámbito confinado sin poder disponer de gran libertad de movimiento. En el enriquecimiento personal de su forma de vida se ofrecen magníficas posibilidades de actuación. Puede emplear su tiempo libre en la formación propia, en la de su familia, en la ampliación de sus conocimientos profesionales y en el enaltecimiento de la sociedad o del acostumbrado círculo local. La higiene reclama un planeamiento del tiempo libre mediante el cual se estimula la salud corporal, deteriorada por el ajetreo diario, y la vida espiritual.

Los primeros estímulos se satisfacen con el reposo y el deporte, los segundos con la vida religiosa o, en su lugar, con una cultura profana. Los últimos estímulos sólo se pueden satisfacer mediante la elevada aspiración a una forma de vida cultural. Aquí hay que distinguir los distintos casos y personas, en cuanto cierta película en determinado tiempo puede conducir a la satisfacción de una necesidad afectiva o de una aspiración de elevación moral mediante el arte, la contemplación del mundo, la religión o la moral. Así se le abren todas las posibilidades. Puede dar a su trabajo un contenido tal que brote del mismo un magnífico impulso cultural. Sin embargo, la utilización de tal contenido pasa desapercibida para el individuo. Para que no pasase así, sería necesaria ciertamente una orientación de la recta utilización de esta imagen cultural y del recto empleo del tiempo libre cuando al individuo se le guía en la formación moral y profesional de su vida. Tales enseñanzas actúan en el sentido de depurar el gusto personal rechazando con sentido crítico las cintas malogradas y orientando al público en su crítica. De las dieciséis horas semanales de tiempo libre se pueden dedicar al cine de dos a seis horas, sin que por ello se menoscaben las tareas individuales y sociales de ese tiempo libre. Esta función cultural corresponde sin discusión al cine en el orden social y en la vida moral de hoy.

Cuanto más llene la proyección cinematográfica la vida del hombre moderno, tanto más pondrá de manifiesto este factor de formación de la vida la imagen de sus responsabilidades culturales. Cada imagen cultural puede servir al hombre bien para su enriquecimiento espiritual o bien para un uso perjudicial. Lo mismo que el niño que juega con fuego o que ingiere veneno sin saber sus consecuencias, el hombre moderno tampoco conoce las consecuencias de los diversos medicamentos de la farmacia de la civilización. Sabe que la educación y la formación de la vida llevan consigo para muchos individuos el riesgo moral del delito y del vicio, pero que también puede conseguir evitarlos; sabe que todo arte y todos los bienes culturales, entre ellos el cine, llevan el riesgo de su mal empleo con el consiguiente perjuicio.

La libertad cultural puede igualmente domeñar esta realidad, lo mismo que la libertad económica surge a través de los riesgos financieros de las empresas. Será el fin del desarrollo de una vida personal el hecho de que

se pusieran estrechas fronteras o trabas insuperables a la formación de la vida. Todo trabajo cultural ha de tener presente este riesgo hasta que se conozca la solución de la felicidad personal y del bien social.

La temática del cine se afana tras la problemática de la formación de la vida mediante un relativismo ético consiguiente, enredando y desenredando el hilo del destino que teje el camino de la vida humana. Las formas se muestran recias en la libertad y débiles en la conscripción de las fuerzas internas o externas. El arte dramático muestra también en el cine el contraste entre el vicio y la virtud, entre el hombre heroico y el débil. Le gusta hacer resaltar estos tipos externos mediante el castigo del delincuente o el arrepentimiento del pecador, ilustra los malos pasos y descarrío mediante el conocimiento previo y completo de sus designios. Recompensa las obras de la decencia con la victoria sobre los más empedernidos seductores o calaveras.

De ello se desprende que al arte filmico, a través del refinamiento de la música y de la hipóstasis sensible, se le dan los mayores medios de captación para colocar a las almas inseguras en un estado de excitación emotiva que satisfaga el ansia de aventura del público. Los hábitos y la conducta de los actores trazan en lo más profundo de la persona surcos que deforman el carácter y la individualidad de cada uno. Motivos comerciales y emocionales se entrelazan en el cine para dosificar el efecto de una larga proyección. Provocan reacciones del deseo de vivir y del impulso de hacer. Esto puede obrar en almas maleables y también en caracteres firmes una lenta intoxicación que afecta a la regulación de la vida. Por lo tanto, la valoración de una película, junto a la calidad de su forma artística y contenido ético, se debe basar en el influjo inductivo de su característica personal y de su motivación dramática, y también en la combinación sensorial de la proyección, en tanto en cuanto no se quiera dejar rienda suelta al riesgo cultural.

Se requiere un capítulo especial para la comprobación de la elevada plasticidad del ser humano en la niñez y en la juventud y para la fundamentación de más estrechas fronteras de la temática del cine, a fin de que se acomode a las necesidades reales y formativas del desarrollo de la personalidad. Se emplean otros capítulos en la debida investigación de las diversas clases y formas del desarrollo de estas inducciones, así como de las singulares clases diferenciales de reacción en los diversos tipos de grupos personales. Hacemos esto después de haber estudiado suficientemente el objeto de este tema.

Hasta tal punto puede la cultura ilustrar la vida propia para que se beneficie de los impulsos de los hombres creadores; hasta tal punto necesita una regulación social más organizada en una estructura social altamente compleja, tal como la ofrece la moderna vida social. De ahí que la política cultural del Estado tenga la doble tarea del cuidado objetivo de los bienes culturales y creaciones de la civilización y del favorecimiento subjetivo de la formación cultural de personas e Instituciones. Ella sirve de una parte a la tradición y ampliación de la cultura objetiva; de otra, a la formación de la vida cultural con los elementos de una cultura social y espiritual.

Sin la fiel administración y ampliación de un patrimonio cultural nacional

e internacional carece el hombre del ambiente vital civilizado y de la atmósfera espiritual necesaria para lograr la plenitud cultural del ser. Sin esta liberación de las necesidades subjetivas se convierte la cultura en un lujo sin finalidad o en un capital muerto dentro de una vida empobrecida.

Con la superabundancia de imágenes artísticas, espirituales y técnicas que están a disposición del hombre moderno puede el cine, según lo han demostrado las pruebas realizadas, ocupar un lugar destacado. El aumento de sus posibilidades ha mostrado un gran aumento de demanda con arreglo a una ley económica y psicológica, tanto por lo que respecta al número de espectadores como a la variabilidad y calidad de los programas. Lo que el culto y la vida popular del pasado podían ofrecer al hombre al margen de sus días de trabajo ofrecerá esta nueva institución al hombre de hoy: una plenitud cultural de su tiempo libre con posibilidades de formación y entretenimiento, una elevación del espíritu sobre la rutina diaria y una satisfacción sensorial de la fantasía y del ansia de vivir.

Hoy, gracias a la Carta de las Naciones Unidas y a los derechos fundamentales de las democracias constitucionales, se ha reconocido a cada individuo el derecho a una cultura mínima al asegurársele la existencia económica. La economía libre se emplea en la satisfacción de estas aspiraciones mediante atractivos ofrecimientos; la política cultural estatal tiende solamente al aseguramiento político-social de la plenitud de posibilidades. Por la extraordinaria diferenciación de las necesidades culturales individuales dentro de las capas sociales y grupos nacionales del mundo se pueden satisfacer sólo cualitativamente en toda su plenitud los elementos de cada aspiración individual, de forma que la política cultural ha de concentrar sus esfuerzos en un máximo cultural cualitativo y cuantitativo. Esto vale también para la estimulación de la producción e importación cinematográfica, cuya limitación es tan sólo una cuestión de carácter económico.

Pero en la distribución de los bienes culturales y en el recto empleo de los mismos está interesada cualquier política cultural sana de masas, en la cual debe descansar la formación de la vida del individuo. Aparecen muchas necesidades, aspiraciones y capacidades culturales, todas ellas diversas y singulares. La necesidad subjetiva varía dentro de cada tipo de individualidades y también dentro de los mismos tipos. El carácter multifacético de la producción cinematográfica permite en este caso una completa satisfacción individual. La aspiración cultural general va, sin duda alguna, en pos del estado social descubierto por la comunidad en sus coyunturas políticas y económicas. La norma ideal será un mejoramiento en el arte y la diversión, lo cual se puede lograr tan sólo mediante un bienestar económico general. Para alcanzarlo definitivamente debe contribuir cada uno con su capacidad, según sus dotes y su educación. El cine no se distingue esencialmente, en lo que se refiere a este estímulo, de los demás bienes culturales que ofrecen el recreo o la distracción. Puesto que el Estado carece de un modo absoluto y total de la posibilidad de regular la asistencia al cine, una inteligente política cultural tiene que confiar en la formación de la crítica de los individuos frente a los reclamos teatrales, aun-

que ella sólo puede surgir mediante una formación larga y metódica de la comprensión y del buen gusto.

De estas consideraciones, de las cuales no se puede dar aquí una fundamentación más profunda, podrían tomar nota los productores cinematográficos, sea cual fuere su categoría o función; consideraciones cuyo alcance social está ligado con la actividad cultural de aquéllos. Así conocerán hasta qué punto pueden utilizar la orientación de las conquistas de la ciencia cinematográfica, tanto en sus tareas artísticas y técnicas como en los problemas económicos.

El aparato administrativo del sector cultural del Estado cuenta con sus funcionarios directores que tienen experiencia especializada y competencia científica. Esa organización estatal sabe proteger y estimular la fuerza real y la integridad moral de los encargados de la investigación en este campo de trabajo científico especializado.

La política cinematográfica será estimulada por esta orientación científica fundamental: que la piedra de toque de la valoración se debe basar en la concepción de una cultura humana. Por lo tanto, la política cinematográfica no aparece en primera línea como una política económica, sino como una tarea especial de la política cultural general, en la cual los medios técnicos de la producción y proyección cinematográfica en gran escala se ponen a disposición de todas las instituciones docentes y musicales cuando el Estado quiere dar a todos sus ciudadanos una plena formación de vida cultural que sea superior a la mínima.

Nuestro orden de vida democrática se apoya en la preponderancia de una cultura espiritual sobre la civilización, así como en la preferencia de la cultura social con respecto a la forma de vida personal. Procura asegurar su acción sobre el hombre en ciernes mediante una valoración realista de todos los factores del alumno, pero también quiere conceder un lugar en la vida de los mayores a las musas en el teatro, el concierto y el cine para lograr su pleno desarrollo y llenar de alegría, satisfacción y significado el decaído ánimo de los trabajadores actuales.

DR. ERICH FELDMAN
Profesor de Filosofía y Pedagogía
en la Universidad de Bonn.

S U M M A R Y

The author poses the problem whether cinema is a substitute for art or an auxiliary technical means within the cultural plan of civilization.

He studies the different influences of cinema on personal and social culture and reviews the different kinds of films and their influence on family, professional and school fields. He analyzes the essence of these influences and gives some rules to lead adequately the teaching power which is kept by the increasing powerful and widespread cinematographic technics.